

El misterioso tiempo de Dios

P. Hugo Estrada

Durante la dura crisis por la que pasaba el pueblo de Israel, el impaciente profeta Habacuc se atrevió a preguntarle a Dios: "¿Hasta cuándo?"

El Señor le dio al profeta una solución que parece fácil, pero que es muy difícil de poner en práctica. Le dijo el Señor: "Tu espera, aunque parezca tardar, pues llegará en el momento preciso. Escribe que los malvados son orgullosos, pero el justo vivirá por la fe" (Hab 2,3-5).

Algo básico en la vida de fe es saber esperar. El libro de Habacuc se inicia con una pregunta a Dios, llena de impaciencia. Habacuc tiene prisa y quiere que Dios también la tenga. El tiempo de Dios choca con nuestro tiempo, con nuestra impaciencia. Nuestros relojes siempre andan apresurados. El reloj de Dios lleva el tiempo exacto. El poeta Longfellow observa que los "molinos de Dios muelen despacio, pero muelen bien".

"AUNQUE PAREZCA TARDAR", expresión atinadísima. Sólo se trata de una "apariencia", nada más. A nosotros nos parece que tarda, pero no es así. Dios siempre llega en el momento preciso. Este es el tiempo de Dios. Sólo la confianza en Dios nos hace aceptar que la fatídica tardanza es sólo una apariencia. Que no es la realidad. La realidad es la de Dios, no la

nuestra. Eso sólo lo pueden comprender los "justos", los hombres de verdadera fe. A Abrahán se le llamó el que "esperó contra toda esperanza". Hubo un momento en que Abrahán debía tener el hijo, que Dios le había prometido, con la esclava Agar. ¡Tamaño error! Les trajo múltiples problemas. Abrahán tuvo que aprender a atenerse al tiempo de Dios.

El factor tiempo es algo esencial en la fe; no nuestro tiempo, sino el tiempo de Dios. El que no logre pasar la prueba del tiempo no tiene verdadera fe. Por eso el Señor le ordena a Habacuc: "Tú espera, aunque parezca tardar, pues llegará en el momento preciso".

LA ALABANZA

El libro de Habacuc se inicia con el pesado pesimismo del profeta que se encuentra en un callejón sin salida ante su tormentosa situación. Mientras el profeta buscó una solución de tipo puramente mental, sólo logró que su corazón se llenara de amargura y desilusión, de pesimismo. Cuando determinó confiar en Dios y esperar la hora de Dios, entonces se hizo la luz en su mente y cambió su manera de

enfocar la situación que lo atormentaba. “Esperaré tranquilo”, escribió Habacuc. Ya no era el desasosegado profeta que buscaba una solución instantánea. Acepta ir contra reloj. De allí le viene su tranquilidad.

El libro de Habacuc concluye con una de las oraciones de alabanza más bellas de la Biblia. Cuando Habacuc decide poner su confianza en las manos de Dios, vivir por la fe, cambia su derrotismo en un inspirado canto de alabanza: “Me llenaré de alegría a causa del Señor mi Salvador. Le alabaré aunque no florezcan las higueras ni den fruto los viñedos y los olivares; aunque los campos no den cosecha; aunque se acaben los rebaños de ovejas y no haya reses en los establos. Porque el Señor me da fuerzas, da a mis piernas la ligereza del ciervo y me lleva a alturas donde estaré a salvo” (Hab 3, 17-19).

Habacuc pasó del pesimismo al optimismo por medio de la vida de fe. Puso su confianza en Dios, a pesar de lo negro del horizonte. Siguió creyendo que Dios es fiel y que no falla nunca.



SANTIDAD ALEGRE



Una buena noticia

Ralfys Méndez de Oliveira, sdb
(Brasil)

La alegría es inseparable del mensaje cristiano. “Les anuncio una grande alegría” –dijo el ángel a los pastores– “Hoy ha nacido el Salvador”.

Una espiritualidad que no estuviera acompañada de la alegría no podría ser considerada cristiana. La experiencia de esta alegría está tan íntimamente ligada a la vida de unión con Dios que Pablo, enumerando los frutos de la presencia del Espíritu en los fieles, enumera, después del amor, la alegría y la paz.

Sobre este aspecto no se puede decir que la espiritualidad salesiana sea diferente de cualquier otra espiritualidad que se inspire en el Evangelio. No hay verdadera alegría externa si no nace de un auténtico júbilo interior, de

un corazón en paz con Dios y con los hermanos.

Fue este tipo de alegría que Don Bosco nos dejó como herencia espiritual. Y lo hizo exactamente como misión de salvación de los jóvenes que el Señor confió a sus cuidados.

Como dijo Orestano (citado por Caviglia), Don Bosco “santificó la alegría de vivir”. A él se le puede aplicar perfectamente la exhortación de Pablo a los filipenses: Hermanos, estén siempre alegres en el Señor.

Repito: alégrense. Sean bondadosos con todos.”

Un Santo alegre

Don Pablo Albera, que desde niño vivió al lado de Don Bosco y fue su segundo sucesor, dijo que el Santo educador, hablando o rezando, coloreaba la vida y expandía alegría. Era posible leer eso en sus ojos luminosos y profundos, en el rostro invariablemente sonriente, fascinante. Se podía captar su alegría en sus chistes llenos de argucia y buen humor.